

\* **Albert Boadella: dramaturgo**

### **1. Exaltan la individualidad**

Vivimos una fiebre de igualitarismo, donde la singularidad, el valor, el sacrificio altruista o la excelencia profesional, se presentan como conductas en desuso fuera de los hábitos rentables del momento.

Las masas, marcan hoy la corrección práctica, y colocan el prestigio en aquellas cosas que consideran a su propio alcance, o sea, al alcance de cualquiera. El héroe actual tiende a ser alguien corriente, cuya única característica imprescindible, es su éxito mediático. Bajo esta óptica, la heroicidad épica, individual y desinteresada, es una actitud en recesión.

La necesidad colectiva de mitos, se halla usurpada por figuras ensalzadas desde el mundo de la simulación, como pueden ser determinadas estrellas de la pantalla, modelos, o protagonistas de lo que hoy llamamos telebasura. Ciertamente que en el deporte se crean algunas mitologías, sin embargo, son mitos cambiantes de muy corta duración. Además ¿No vamos a comparar a estas alturas un mañoso del balón con un torero?

El torero representa la encarnación más ortodoxa del héroe individual. Su valerosa acción, nos sirve de catarsis a la colectividad, cuando comprobamos que pone en riesgo la propia vida, con el fin de ofrecernos generosamente una visión de nuestras realidades más profundas.

Una de ellas, es la prodigiosa capacidad que podemos tener los seres humanos para vencer el pánico a la muerte. El torero, nos lo muestra además a través de una enorme belleza.

A nadie se le ocurre pensar que un acto de tal naturaleza, se hace por dinero como el fútbol, o simplemente por aparecer en televisión. Si alguien esgrime semejante argumento, solo hay que decirle: Pruébelo usted, al mismo precio, o incluso al doble.

### **2. La Tauromaquia representa la más completa metáfora de la vida**

Lo que acontece sobre la arena, son los hechos esenciales que mueven nuestra existencia. La vida y la muerte, el dolor, el miedo, el valor, la belleza, la astucia, la prudencia y el arrojo, y ante todo, el conocimiento y la inteligencia para actuar en el momento oportuno. Exactamente como en la propia vida. Pero lo singular de este hecho, se halla en que una lidia no contiene nada simulado. No hay teatro, ni comedia, ni circo, ni cine. Nos presenta la vida con una realidad absoluta, y eso, es algo que no sucede en ninguna otra de las artes. Tales condiciones, convierten el ritual taurino en una ceremonia didáctica y al mismo tiempo moral. Insisto en lo de moral porque representa una escuela de la vida donde deberían asistir regularmente nuestros niños.

Obviamente, se trata de algo mucho más serio y eficaz, que esta asignatura llamada “educación para la ciudadanía” la cual presenta un mundo irreal.

Un mundo trufado de actitudes y sentimientos propios de los dibujos animados, porque la razón de fondo, es promover una versión de la sociedad, bajo el modelo de una sola camarilla política ¿Cómo es posible que en España se haya permitido legislar contra la presencia de niños en las plazas? ¿Quiénes son esas gentes despóticas que se arrogan el derecho a decidir donde puedo, y donde no puedo llevar a mis hijos? O sea, que puedo llevarles a las películas más sanguinarias y violentas, y no pueden asistir a una ceremonia que ha configurado una parte esencial de nuestra lengua, nuestra cultura, y nuestro arte. Eso certifica, que la influencia del totalitarismo del Estado sobre el individuo, no acabó con la caída del muro de Berlín.

### 3. No es un espectáculo

Quizá esta afirmación pueda parecer sorprendente en un comediante, pero habrán podido observar, que siempre me he referido a la tauromaquia como un **ritual**.

El torero está más cerca del sacerdote que oficia un sacrificio en la misa, que de mis propios actores cuando representan una obra, y tratan de ofrecer un espectáculo al público, en este mismo teatro.

La voluntad espectacular en el torero, es algo que puede conducirle fácilmente a la picaresca del efectismo. Igualmente como sucede en el ritual de la misa, la corrida tiene sus protocolos que se repiten metódicamente y nadie puede alterarlos a su libre albedrío, o sea, rito antes que espectáculo.

Obviamente, tales exigencias ritualistas, no las hallamos en el comportamiento de todos los diestros. Entre los que manejan capa, muleta y estoque, encontramos a menudo frustrados deportistas, algunos comediantes, bastantes saltimbanquis, bailarines y gladiadores, e incluso algún esforzado matarife.

Sin embargo, cuando aparece el auténtico torero, aquel que tiene madera de oficiante, allí se acaba la fiesta y el circo. Allí nace otra cosa de naturaleza casi indescriptible, remota, ancestral y a la vez fugaz.

Quizá se trata simplemente de la cita del hombre con lo sagrado, y con todas las reservas que quieran, permítanme que aventure una hipótesis de cierto riesgo: ¿No es a veces el ruedo un lugar más sagrado que muchos templos cuyas ceremonias se han convertido en una caricatura de lo que fueron? Y lo dejo aquí, no sea que me vayan ahora ustedes a rezar el padrenuestro a la plaza, y exigir un pasodoble cuando sale el cura a celebrar la misa.

### 4. La Tauromaquia es poesía pura

Existe una confusión generalizada, atribuyendo la poesía, exclusivamente a unos escritos que ocupan la parte central de un libro, dejando amplios márgenes a los dos lados. Es una visión muy parcial de la poesía. Una visión limitada estrictamente a lo literario. Sobre todo, si tenemos en cuenta que todo arte ya es de por sí un acto poético. La esencia de la poesía, significa que, con los mínimos elementos, se consigue la mayor emoción.

Unos simples pigmentos mezclados con aceite para que Velázquez pintara las Meninas. Una pequeña caja de madera y unas cuerdas de tripa en las que Paganini interpretaba sus maravillosos conciertos de violín. Un trozo de mármol para que Miguel Ángel esculpiera la Pietá con una simple escarpa y el martillo. El espacio vacío de un escenario para que un actor sin más artefacto que su cuerpo y la palabra, se convierta en personaje clásico y nos traslade a otro insospechado universo.

Pues bien, esta misma pauta es empleada por el torero, que con un sencillo trapo en la mano, solo, en el centro de la plaza, se enfrenta a un animal feroz de media tonelada. Animal, que tiene como único objetivo, cornearlo hasta la muerte.

El trance del matador es enteramente poético, porque sin nada más que el trapo, transforma la materia irracional del acto, en armonía y belleza, perfectamente controladas. No se trata de nada casual. Todo forma parte de su conocimiento e inteligencia, para conseguir, que a través del dominio sobre el animal, afloren nuestras más profundas emociones ¿Quién puede negarle a este hombre la condición de poeta? O de artista, que como les he dicho, viene a ser lo mismo.

### **5. La condición efímera de una lidia**

En una época en la que todo parece reproducible, y la mayoría de las emociones son inducidas desde la electrónica o los satélites, el ritual taurino, una vez realizado en directo, se convierte para siempre en memoria emotiva, porque no es un arte perenne como la pintura, la escultura, la arquitectura o la escritura que pueden permanecer siglos conmoviendo.

El torero, solo posee una única oportunidad para llegar al público, su arte se quema en el preciso instante que aparece. Una u otra faena memorable, la conservamos grabada en nuestros recuerdos mas hondos, porque sabemos que es única, y aquello, no se volverá a producir jamás de igual manera. Si hemos tenido la fortuna de presenciar una lidia memorable, debemos considerarnos seres privilegiados, mucho más que los turistas de las pirámides, que hace siglos que se contemplan, y que podemos verlas de nuevo cuando nos plazca.

Los toros, hay que vivirlos en presente, con el olor, el calor, la cercanía de la muchedumbre y su eufórico bullicio. Cualquier aproximación grabada o filmada, será algo frío, faltado de aliento. Una pura reproducción mecánica sin alma. De aquí la grandeza única de este ritual tan vivo y real pero a la vez, tan efímero.

### **6. La Tauromaquia resulta impasible ante la moda**

No sucumbe al frívolo complejo de modernidad que contamina hoy las artes, y la sociedad en general. Basta que un cuadro, un mueble, un edificio, un libro, un objeto, por feo, repugnante e incomodo que resulte, si le acompaña el pedigrí de la modernidad, quedará automáticamente justificado y ensalzado, y la gente no osará decir lo contrario por temor al ridículo.

Afortunadamente, la evolución de las corridas, no se ha producido como consecuencia de las modas, sino por razones puramente funcionales, y con una gran resistencia a desmembrar la solidez que aporta la tradición.

La novedad compulsiva a la que nuestra sociedad se ha vuelto tan predispuesta, no ha hecho mella en el ritual taurino, el cual, en su esencia, se mantiene con una mayoría de acciones realizadas ya desde hace siglos. En este aspecto, podemos definir los toros, como un hecho excepcional de sentido común, en medio del torbellino de extravagancias y disparates que hoy nos exhiben las artes.

### **7. En la Tauromaquia prima el mérito**

La inducción al mérito y la excelencia, han desaparecido de España en la mayoría de actividades. Son términos considerados ahora, entre los adeptos del sectarismo progresista, como algo de índole reaccionaria que se enfrenta al concepto de igualdad.

Sólo nos queda la excelencia practicada por los deportistas, los cuales, al no tener posibilidad de artificio, su actuación se sostiene por mérito, esfuerzo, entrega y tenacidad. Quizás por ello, el deporte es la única actividad en la que los españoles hemos progresado ante el mundo. En la tauromaquia, esta exaltación del mérito es tan profunda, que incluso a los grandes matadores, no les vale ni el currículum más glorioso frente a un toro.

Una figura del toreo, puede recibir una ovación circunstancial antes de la faena, pero según el resultado de esta, los aplausos se tornan bronca en muy pocos minutos, y eso puede suceder, mientras el torero novel, que servía para rellenar el cartel de las figuras, es sacado a hombros si su faena convence al respetable.

Esta circunstancia, obliga al torero y al ganadero a no dormirse en los laureles, porque de un día para otro, puede cambiar radicalmente un prestigio, atesorado a veces durante muchos años.

Ante ello, solo puedo pensar ¡Que bien funcionaríamos en España si toda actividad profesional estuviera mantenida con semejante rigor y exigencia!... y sobretodo puntualidad.

### **8. La Tauromaquia venera la naturaleza**

El toro es el único animal salvaje de Europa al que le ha sido respetado su espacio vital. Al resto, en mayor o menor proporción, el hombre ha ido invadiendo paulatinamente su terreno.

Por lo tanto, los más acérrimos defensores de las corridas deberían ser los ecologistas auténticos. Obviamente, no me refiero a esos quejicas de salón que conciben la naturaleza en versión Walt Disney.

La supervivencia y el cuidado del toro de lidia, así como la cantidad de miles de hectáreas dedicadas a su cría, convierten esta actividad en una de las más excepcionales de Europa.

Especialmente, en lo referente a la protección medioambiental, generada por esta forma de ganadería extensiva.

Imaginemos por un instante la desaparición de las corridas, imaginemos sus consecuencias sobre espacios de cría como las dehesas. Significaría para nuestro país un desastre ecológico de una magnitud incalculable, así como la extinción definitiva de una raza espectacular y única que nos fascina.

Y esta misma veneración por el toro, la sentimos los aficionados, cuando participamos a proporcionarle una muerte digna, en consonancia con su naturaleza brava y combativa.

Es evidente, que el toro bravo no es un animal para mataderos. Su final violento, es algo mucho más natural y benevolente, que la apiñada vida y muerte de un cerdo, un pollo, o un pato para foie.

No debemos pues sentirnos acomplejados por la muerte del toro en la plaza. Es su mejor fin. Y en este aspecto, permítanme una íntima confidencia. Yo firmaré mañana mismo un final semejante, antes que la patética decadencia en un hospital terminal. Obviamente, previa seguridad de que en el sorteo me tocara un buen matador.

### 9. Implanta una forma de pueblo soberano

Nada que ver con las artes escénicas, donde el público es un mero observador. O bien en los deportes, donde como máximo, las masas animan a su equipo, pero amedrentan ferozmente el contrario, y si tienen ocasión, le lanzan objetos.

En los toros, el público es determinante para el éxito de una corrida. Determinante, en la concesión de los premios, en la actuación de los diestros, e incluso, en el acompañamiento coral durante los pases. En la plaza, se reúnen en idénticos derechos, ricos, pobres, listos, zoquetes, derechas, izquierdas, autóctonos y extranjeros.

No hay una sola actividad pública, en la que los espectadores obtengan una soberanía parecida. En el fútbol, por ejemplo, el público desea el éxito de un equipo a costa de la derrota del otro. En los toros, sucede todo lo contrario, nunca buscamos el fracaso de un torero, deseamos fervientemente el éxito del cartel y que la tarde resulte gloriosa para todos.

Significa esto una actitud positiva, propia de un público apasionado, libre y generoso. Son las cualidades que enaltecen este aislado experimento de pueblo soberano, que solo se produce hoy en las plazas de toros.

### 10. Porque tenemos los antitaurinos

Finalmente, la décima y última razón de mi afición taurina es **porque tenemos los anti taurinos**. Comprenderán ustedes que un hombre sin enemigos es alguien de no fiar. Es una suerte para los aficionados poseer adversarios que desean la desaparición de la tauromaquia.

## DECÁLOGO EN DEFENSA DE LA TAUROMAQUIA DE D. ALBERT BOADELLA

---

Eso nos obliga a reflexionar sobre los motivos del apego a los toros, y nos cuestiona en cada momento, nuestra propia ética ante el sacrificio que se ofrece en la plaza. En última instancia, los taurinos siempre conservamos una ligera duda sobre la legitimidad de nuestra afición.

Esta es la gran diferencia con los animalistas o taurófobos, los cuales no se plantean nunca la posibilidad de error en sus razones. De aquí, la cruzada inquisitorial contra la fiesta y los aficionados. Su fobia es consecuencia de un propósito disparatado: Elevar los animales a la condición humana, lo cual significa un insulto a las personas, y un agravio a las bestias.

En general, se trata casi siempre de puritanos, que no quieren saber la historia de la morcilla que se zampan. La realidad natural, no forma parte de su versión bucólica y justiciera, con que quieren convertir la complejidad cósmica del ecosistema.

En el fondo, sueñan con un Dios a su medida, vegetariano, progresista, algo agnóstico y republicano. Se empeñan en imponer su dogma igualitario y pacifista a la naturaleza. No niego que sea una ficción entre agradable y cursi, pero lamentablemente, la muerte y el dolor forman parte indisoluble de la vida.

Tratar de esconder, mitigar, o simplemente, presentar una vida sin el protagonismo de estos hechos, es faltar a la verdad. En cambio, enfrentarse a ella con dignidad y entereza como el torero, constituye precisamente, un ejemplo moral para el público.

El matador y el propio toro, personifican, en este sentido, una de las metáforas más rotundas y reales de nuestro mundo actual.